

UNA PROFECÍA, UN ÁNGEL Y SAN IGNACIO

Una Profecía, un Ángel y San Ignacio

Un Relato

H U M B E R T O B O C A N E G R A

Derechos de autor © 2026 Humberto Bocanegra
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso.

humbertob76@yahoo.com

Una Profecía, un Ángel y San Ignacio



HACE muchos, pero muchos años, en un pueblito llamado San Ignacio, existió un sacerdote, qué según los pobladores era un profeta. El clérigo se llamaba Fidencio, de quién se decía, poseía el don de curar a los enfermos y predecir el futuro. Cuando el cura cumplió cien años de edad, ya se encontraba moribundo. Gente de muy lejos vino a verlo y a escuchar sus últimas palabras. Les dijo que tenía que compartir un mensaje antes de irse a ver al Señor Todopoderoso. Así que un domingo al mediodía, la gente de San Ignacio se congregó enfrente de la Iglesia, para escuchar el mensaje que les iba a compartir.

Como el padre Fidencio se encontraba demasiado débil debido a sus años, su voz ya no era suficientemente fuerte para que todo mundo la pudiera escuchar. Por esa razón, decidió pasarle el mensaje a una monja, quién lo transmitiría a todos los presentes que lo quisieran escuchar. La monja, era una mujer conocida por todos, como la madre Elena. Cuando el padre Fidencio empezó a compartir su visión al poblado a través de la madre, su voz empezó a desvanecerse paulatinamente. Solamente alcanzó a compartir parte de su profecía. Esto es lo que logró contarles y repetirles la monja a los fieles.

—Ha llegado el tiempo de retirarme a la casa del Señor. Pero antes de irme, les voy a contar sobre una visión, que he experimentado muchas veces en mis sueños. Nunca entendí lo que significaba, pero hace una semana me visitó un ángel en un sueño. Me dijo que ya se me iba a terminar mi tiempo en la tierra, indicándome también que no tuviese miedo, porque todo iba a salir bien. Me explicó, que la visión que había tenido por muchas noches, no era sólo un sueño, sino que representaba la visita de un mensajero de Dios.

Los presentes se sorprendieron mucho al escuchar estas palabras. El lugar quedó en un profundo silencio, por lo que se podían escuchar el cantar de los pájaros en una milpa de maíz, localizada a un kilómetro de distancia.

—En mis sueños veía a un ángel bajar del cielo, caminando en nuestro pueblo —continuó el anciano hablando a través de la madre—. El ángel conversaba con nuestra gente y nos tocaba.

Al escuchar estas palabras, la aglomeración se entusiasmó bastante. Tanto, que empezaron a conversar en voz alta, con tal intensidad, que de pronto ya no se escuchaba a la monja, lo que le decía el sacerdote. Por lo que ella pidió a la multitud que bajaran sus voces, para poder escuchar lo que él decía. La gente guardó silencio y la monja prosiguió repitiendo lo que el ancianito le contaba.

—La llegada del ángel será la única visita celestial a este lugar, del mismo modo que se apareció por primera vez la Virgen de Guadalupe en el Cerro del Tepeyac. Como su sacerdote les pido por favor, que le abran las puertas a este mensajero de Dios y que siempre estén en su mejor comportamiento.

—¡Claro que sí! ¡Bendito sea el Señor! ¡Gloria a Dios! —el pueblo le contestó en unísono al sacerdote.

Entonces preguntó un hombre entre el gentío con el potente timbre de su voz.

— ¿Y cuándo vendrá ese ángel, padre? —se escuchó.

La gente permaneció en total silencio para poder escuchar la contestación. El sacerdote se inclinó aún más cerca de la monja para contestar la pregunta anónima.

—Dile a mi gente querida, que el ángel nos va a visitar un día primero de julio. Pero esta visita no ocurrirá hasta dentro de diez años. Para entonces, espero estar viviendo en la casa de nuestro Padre Celestial.

—¿Hasta el día primero de julio? —la gente murmuraba—. Pero en diez años. Quién sabe si estaremos aquí en diez años. ¿Y si no viene el ángel? Pues... ¿Con quién nos vamos a quejar?

Mientras que la gente continuaba murmurando, el padre pidió ser llevado hacia el interior de la Iglesia. Los feligreses quedaron en un estado de euforia, al saber que un ángel estaba predestinado a visitar al pueblito de San Ignacio.

El padre Fidencio falleció aquella tarde. La vida en San Ignacio regresó paulatinamente a su estado normal. Un mes después de la muerte del padre Fidencio, llegó otro sacerdote - joven, y con mucha energía. Su nombre era Rafael, a quién le gustaba mucho dar la homilía en su iglesia. El padre Rafael, al igual que el viejo sacerdote que había fallecido, era de buen corazón, pero a la edad de treinta años todavía no se entregaba totalmente a la iglesia como los viejos sacerdotes. La gente del pueblo entendía, que solo el tiempo le daría la madurez y la experiencia para guiar a una comunidad tan religiosa, como la de aquel lugar.

En el poblado de San Ignacio se concentraban todo tipo de personas. Había individuos con educación y con una posición económica alta, al mismo tiempo se veían a personas de muy bajos recursos buscando el sustento diario en las calles. Te cruzabas con sujetos que vestían majestuosos trajes o vestidos de lujo, pero también veías hombres y mujeres que vestían harapos, que luchaban por su supervivencia de un día para otro. Así era la vida en San Ignacio, sin que nadie se quejase de nada. Todos parecían aceptar su lugar en aquella comunidad.

Las familias más adineradas de San Ignacio descendían por varias generaciones que habían vivido en el pueblo. Posiblemente, la familia más

pudiente era la de los Garza García. Ellos eran propietarios de haciendas y varias minas en el estado. El Sr. Ricardo Garza García sacaba de sus minas grandes cantidades de oro y plata. Se decía que en su casa había mandado colocar varias esculturas de su esposa, para demostrarle el amor que supuestamente le tenía.

La familia del señor Maximiliano Ortegón, también era bastante acaudalada. Uno de sus hijos, llamado Sebastián, se decía estaba bien sentado en el gobierno federal. Pues era uno de los consejeros del Presidente de la República. Durante sus viajes para ir a ver a su hijo, frecuentaban visitar al presidente de pasada.

No todos los habitantes de San Ignacio vivían con los lujos y las comodidades de estas familias acaudaladas. Pero había quienes tenían la forma de vivir tranquilos y con comodidad, gracias a que ganaban lo suficiente, por su capacidad emprendedora en los negocios. Entre estos comerciantes estaba el dueño de una cantina, David Huerta, quién recibía suficiente dinero para vivir bien. También estaba don Miguel Santos, quien manejaba el mejor hotel de la región. Éste nunca faltaba a la Iglesia y la gente le tenía un gran respeto por su forma de ser. El hotel recibía buenas entradas, debido a que los huéspedes, sabían que ahí todo era de buena calidad. Estos personajes no eran tan ricos como los Garza García o los Ortegón, pero sus negocios les aportaban lo suficiente para vivir con comodidad.

La noticia sobre la profecía del padre Fidencio, conmovió profundamente al pueblo de San Ignacio. Meses después de que el sacerdote había fallecido, la gente seguía murmurando sobre la oportunidad de ver a un verdadero ángel. No obstante, eso sería posible hasta que pasaran los diez años señalados para tal evento. El padre Rafael no fue testigo de lo que el viejo sacerdote había dicho, sobre lo que había soñado y profetizado. Quizá por eso, el joven cura no lo mencionaba con frecuencia en sus sermones a la gente de aquel poblado.

La monja Elena, le contó al padre Rafael sobre las palabras que ella había repetido, debido a que la voz del padre Fidencio ya no se escuchaba, cuando hizo su última aparición. Cuando le preguntaban sobre lo que había profetizado el padre Fidencio, el joven sacerdote Rafael no podía opinar mucho, solo que sí había una probabilidad de que pasaría la profecía.

Los domingos, la gente del pueblo se congregaba en la Iglesia para escuchar la misa. Ahí, los feligreses se preguntaban entre ellos sobre lo qué pensaban hacer para prepararse para la llegada del ángel. La mayoría decía que se iban a comportar lo mejor posible, ya que uno nunca sabe..., por si acaso el ángel tratara de llevarse a alguien con él.

— ¿Cómo será? —otros se preguntaban—. ¿Cómo se verá el ángel? ¿Será una figura de gran tamaño con alas blancas y grandes... o será un angelito pequeño, el cual volará a la tierra desde la nube más alta? ¿Vendrá desde el cielo en un carruaje dorado estirado por caballos alados, jalando una carreta de oro? Qué bonito será todo.

—¿Cuál será su mensaje? —también se preguntaban sobre lo que les diría el ángel.

Tal vez venía a indicarles que el fin del mundo había llegado. Pero pronto señalaron que eso no era la razón de su visita. Otros asumían que el ángel venía a decirles la fecha del regreso del Mesías. Pero después expresaban que de acuerdo con lo aprendido en la Iglesia esto no podía ser, porque nadie sabía cuándo iba a regresar Cristo a la Tierra. Los creyentes discutían todas las posibilidades, cuando se reunían los domingos afuera de la Iglesia.

Las pláticas y charlas eran las mismas, semana tras semana. Pero con el pasar del tiempo, el tema perdió interés poco a poco, a tal punto que, la profecía del padre Fidencio quedó casi sepultada después de un año.

El padre Rafael poco hizo por perpetuar el tema de la profecía y la venida del ángel. Aunque, algunos testigos recordaban de vez en cuando, que el evento sucedería dentro de diez años. Así poco a poco, la vida en San Ignacio se tranquilizó debido al futuro lejano de la profecía. Los vecinos paulatinamente regresaron a sus antiguas rutinas y formas de vida, tal como había sido antes de todo el alboroto causado por el padre Fidencio.

En el pueblito había algunas cantinas que hacían buen negocio. Gradualmente, esos establecimientos se transformaron en centros de entretenimiento de lujo, de mayor tamaño. En poco tiempo, la población en San Ignacio se incrementó de 200 a 500 habitantes, más del doble de tamaño. No se supo si el crecimiento se debió a la proliferación de establecimientos comerciales o se relacionó con la propaganda, que surgió de la leyenda sobre la venida del ángel. Pero de pronto creció el caserío con nuevos pobladores, algunos de ellos provenían de otros estados. Cuando los nuevos vecinos escuchaban sobre la leyenda de la venida de un ángel, quedaban perplejos y se echaban a reír por tal ocurrencia.

Como lo contaba el pueblo, el ángel debía aparecer en el año 1950. Los nuevos vecinos incrédulos les aseguraban a los nativos de San Ignacio, que lo del ángel era una farsa. Los fuereños afirmaban que la profecía del padre Fidencio había sido el resultado de su imaginación, causada por sus achaques y enfermedades de su vejez. Mientras que los oriundos del pueblito seguían apoyando el vaticinio del sacerdote, argumentando que el anuncio de la llegada del ángel la había presentado el mismo día de su muerte. La provocación verbal entre ambos bandos sucedía con frecuencia, entre los que

apoyaban y los disidentes de la profecía. Esa era la forma que vivían los sanignacienses, mientras esperaban al enigmático personaje celestial.

Julián y Josefina Ochoa eran nuevos en el poblado y ambos ya se acercaban a los 35 años de edad. Si bien se habían casado siendo muy jóvenes, la pareja no había logrado concebir descendencia todavía. Ambos deseaban tener una docena de chamacos, a pesar de que no disponían de mucho dinero. Aunque no eran muy religiosos, ellos frecuentaban la Iglesia de San Ignacio, para darle gracias al Creador por lo poco que tenían.

Cuando Julián y Josefina llegaron a San Ignacio en busca de empleo, no habían escuchado de ningún ángel. Julián encontró trabajo en las minas de la familia Garza García y con lo poco que ganaba les era suficiente para vivir modestamente. Josefina era una mujer muy bella, por lo que su familia no podía entender su matrimonio con Julián. Él no tenía dinero ni era guapo, pero Josefina se enamoró y siempre decía que lo quería porque era un buen hombre. Al moverse, la pareja gastó sus últimos ahorros en la compra de un pedazo de tierra en las afueras del pueblito. La propiedad encerraba un jacal en el centro de un terreno rústico. Aunque ahí no contaban con muchas comodidades, ellos vivían muy felices.

Al acercarse la fecha de la profecía, los vecinos del pueblo se reunían a platicar después de la misa de los domingos, tocando inevitablemente el tema del ángel. Faltando solo seis meses para que se cumpliera el décimo aniversario del vaticinio del padre Fidencio, los devotos se reunieron para decidir sobre lo que debería hacer la iglesia, para que todo saliera bien cuando apareciera el mensajero del cielo.

El señor Ricardo Garza García, opinó que un ángel del cielo debería llegar a un lugar digno de un mensajero de Dios, proponiendo que se debería construir un gran altar en el centro del pueblo, para honrar a tal visitante. También propuso a que la Iglesia debería recomendar a todas las personas que desearan atender aquel evento celestial, cómo se le empezó a llamar desde esa vez, a vestirse y presentarse apropiadamente, como si fueran a una gran boda. El mismo personaje comentó sobre cómo la gente podía respetar y honrar la llegada de un ángel.

—Entonces, ¿cuándo será que la gente de San Ignacio pueda comportarse con educación? —dijo el magnate minero—. ¿Cuándo será el día que se arreglen adecuadamente, para eventos sociales importantes?

El señor Maximiliano Ortegón estuvo de acuerdo con lo que dijo el señor Garza García.

—Si alguno de ustedes no hace el esfuerzo para lucir bien en dicha fecha, quizás sería mejor que no asistan al evento —comentó el hombre influyente.

Prometió invitar a personajes importantes de la capital, para que así el ángel a su llegada, se sintiera bienvenido ante la presencia de gente importante de alcurnia y de altos recursos.

Ninguna persona contradijo al par de hombres. Nadie hizo un comentario a favor o en contra de lo que propusieron. La verdad era que esos dos hombres eran quienes daban empleo a la mayoría de los habitantes del pueblo y nadie se atrevió a contradecirlos públicamente. Pues corrían el riesgo de perder sus empleos.

En esas condiciones se organizó y se planeó el recibimiento del hipotético ángel. Acordaron darle la bienvenida en el centro del pueblo, donde todos los presentes deberían hacer el esfuerzo por ir bien vestidos para impresionar al ángel. El padre Rafael no expresó nada en contra de los planes para aquel evento celestial. Parecía que le había agradado la idea de pedirle a la gente que se presentaran en la iglesia vestida en la forma acordada. Todo esto sucedía en San Ignacio, a menos de seis meses de la supuesta venida del mensajero de Dios. Así de súbito, se pudo apreciar un gran cambio entre la gente del pueblo, quienes se preparaban para el acatamiento a la profecía.

De repente, todas las misas en el templo estaban llenas de creyentes, apareciendo aquellos que tenían años sin acercarse a la Iglesia. Resultó que las limosnas aumentaron tanto con el número de devotos, por lo que el padre Rafael se vio obligado a incluir dos misas más cada domingo. Esto para poder servir al poblado de San Ignacio, cuya gente empezó a vestir de manera muy limpia y digna.

La zapatería del pueblo tuvo problemas para cumplir con la demanda de los vecinos, pues todos querían lucir bien con zapatos de alta calidad. Mientras que la tienda de ropa, vendía toda su mercancía casi al mismo día que la recibía. Sin duda, el templo de San Ignacio congregaba a la gente mejor vestida de todo México. Cada misa en el pueblo se asemejaba a una ceremonia de casamiento, más que a una cotidiana misa de creyentes.

Los habitantes que no creían en la profecía, se detenían por curiosidad a distancia del templo. No sabían cómo comportarse con tanta transformación en el pueblito. Por lo que también optaron por esperar, a ver lo que la mayoría del pueblo decía que iba a pasar. Al paso de los días, entre las eventualidades que mantenían atareados a la mayoría de los vecinos, Julián y Josefina Ochoa optaron por adquirir un poco de dinero. Para lograr esto, vendían comidas y bebidas enfrente de la Iglesia. Así fue, que después de la primera misa de cada domingo, le amarraban a un burro un carretoncito que tenían afuera de su jacal, regresando al pueblo para colocarse afuera del templo a vender su comida. Corrieron con tan buena suerte, que muy pronto la gente los buscaba

para mitigar el hambre o para disfrutar de una bebida, después de los servicios dominicales.

Así andaban las cosas hasta un mes antes de la presunta venida del ángel, cuando tres jóvenes llegaron al pueblo. Los tres muchachos tenían entre 15 y 18 años de edad y como no traían dinero, se quedaban a dormir en la placita del pueblo. Uno de los chicos parecía estar completamente ciego. Por lo que los otros dos le servían de lazarillo, ayudándole a trasladarse de un lugar a otro o a comer, cuando necesitaban hacerlo. Los tres jóvenes eran callados y no molestaban a nadie, pero al parecer a algunos pobladores de San Ignacio sí les incomodaba su presencia.

Faltando sólo una semana para la profecía, el señor Garza García fue a pedirle al sacerdote que no dejara a los jóvenes quedarse en el pueblo, ya que daban un mal aspecto al entorno. El señor Ortegón estaba de acuerdo con esa opinión, sugiriendo que sería mejor pedirles a los jóvenes que salieran del pueblo por una semana o dos, mientras pasaba el evento celestial. El padre Rafael les prometió a ambos personajes que se encargaría personalmente de la cuestión y así quedó el asunto.

Mientras que el pueblo esperaba ansiosamente el día anunciado de la famosa profecía, Julián y Josefina Ochoa seguían vendiendo sus platillos de comida enfrente de la Iglesia. La Plaza, en el centro del pueblo, fue convertida en un lugar muy bonito y estupendo, con la nueva construcción de un altar para recibir al ángel. Se habían sumado muchos voluntarios que barrían la placita y recogían cualquier cosita que pareciera basura.

Un día antes de la supuesta aparición del ángel, llegaron muchos políticos que eran amigos de Sebastián Ortegón. Desde la Ciudad de México, la capital de la República, arribaron para ver el gran espectáculo de la visita que llegaría a San Ignacio. Fue ese día, cuando los tres jóvenes fueron a visitar a Julián y Josefina Ochoa.

La pareja se encontraba ocupada recogiendo sus enseres que utilizaban en la venta cotidiana en el lugar de costumbre, afuera de la Iglesia. Fue entonces que llegaron los tres jóvenes explicándole a Julián, que dos de ellos se tenían que retirar del pueblo por cuestiones personales, que debían atender. Sin más explicación, le pidieron de favor a Julián les ayudara a cuidar de su amigo ciego, pues éste se tenía que quedar en el lugar. Josefina observó con atención al joven invidente, conmoviéndose bastante por su estado de orfandad y habló antes que su esposo dijera una palabra.

—Sí. ¡Claro que se puede quedar con nosotros!

Sin decir nada más, los jóvenes se fueron de la plaza y del pueblo, quedando Julián atónito por lo que había consentido su esposa.

—Pero... ¿Cómo te atreves a comprometerte a cuidar a este joven, a quién no conocemos, ni sabemos nada de él? —le reclamó airadamente.

—Sé mucho más de él, de lo que crees —contestó Josefina sin mirarle, continuando calmadamente con sus quehaceres.

—¿De veras? ¿Cómo se llama? ¿De dónde vino? ¿En dónde va a dormir? ¿Y cuánto tiempo se va a quedar con nosotros? Dime Josefina. ¿Qué estabas pensando? ¿Te has vuelto loca?

Josefina miró a su esposo con sus bellos ojos, los cuáles de pronto se inundaron de lágrimas. El joven se acercó apenas al escuchar su llanto y ella lo abrazó maternalmente. Mientras lo abrazaba, Josefina le contestó a su esposo.

—Tú has sido lo mejor que me ha pasado en mi vida, Julián. Desde que nos conocimos me has hecho muy feliz, pero yo no he logrado compensarte esa felicidad. Sé que ambicionas tener un hijo y no he podido dártelo. Me duele mucho, sintiendo como que, si yo hubiese hecho algo malo, para merecer este castigo. Eres el mejor esposo del mundo y sé que serías un gran padre para nuestros hijos, si yo te los hubiese dado. Ya que no te puedo dar hijos, déjame ser la madre de este chico. Déjame sentir, aunque sea un poco, lo que es amar a un alma inocente como la de este muchacho. Él no tiene a nadie quien lo quiera. Vamos a cuidarlo como si fuese nuestro hijo legítimo de nacimiento. Vamos a entender lo que se siente, siendo los padres de este joven que nos necesita, así comprenderemos porque los hijos necesitan a sus padres. Julián por favor, no me lo niegues.

Julián permaneció en silencio al escuchar lo que le dijo Josefina. Se acercó a ella y al joven, abrazándolos a ambos. En un instante su familia había aumentado, al darle abrigo al muchacho que inesperadamente había aparecido en sus vidas.

—Es verdad... no sé cómo se llama. Por eso le voy a nombrar Pedro, así como se llamaba mi padre —dijo Julián.

Recogieron sus enseres para regresar a casa. Durante la caminata a su humilde morada, Josefina tomó de la mano al joven mientras se desplazaban por las calles del pueblito. Ambos sentían mucha felicidad, por lo que había sucedido ese día.

Antes de que cantara el gallo en la mañana siguiente, Julián ya estaba de pie arreglando su carretoncito de madera, para llevarlo a la placita. Ató al burro a su carretón, subiendo en la parte de atrás unas gallinas que pensaba vender enfrente de la Iglesia. Cuando llegó la hora de salir hacia el pueblo, Josefina vistió al joven con ropa de Julián, la cual le quedó holgada.

Pedro abrazó a su nueva madre después que lo vistió con la ropa. Mientras Josefina profesó su cariño maternal hacia su hijo, sintiéndose como la reina

del mundo. Era la primera vez desde que Julián y Josefina viajaban a la Iglesia a vender su comida, que ella no se sentó enfrente del carretón, al lado de su marido. Ella viajó sentada atrás en el carretón con el joven, para cuidarlo mientras iban camino al pueblito. Josefina cantó una canción al muchacho, la cual recordaba de su mamá, de cuando ella era niña. Julián se sintió bastante orgulloso de su esposa, viendo que Pedro le había hecho sentir muy feliz.

Por fin había llegado el día de la supuesta aparición de un ángel, en el pueblo de San Ignacio. Todo el pueblo se acercó a la placita donde estaba el nuevo altar, que se había construido para la ocasión. Entre los invitados de honor a este evento celestial, estaban varias personas adineradas de mucha influencia en lo político y en los negocios. Desde la Ciudad de México llegaron varios senadores, amigos de Sebastián Ortégón. El señor Garza García y su esposa se acomodaron frente al altar con sus compadres, para apreciar desde un buen lugar la llegada del mensajero del cielo. En el centro del altar se colocó un micrófono para que el padre Rafael pudiera hablar y ser escuchado por todos los presentes. La Iglesia había contratado a un equipo de guardias de seguridad, para resguardar el altar y que nadie se acercara a interrumpir el evento cuando el ángel llegara.

A las nueve de la mañana se acercó el padre Rafael y se dirigió al pueblo.

— ¡Buenos días! Sean todos y cada uno de ustedes bienvenidos. Me da mucho gusto y placer estar aquí en este día, reunidos con ustedes. Para los que vienen de afuera y no me conocen, yo soy el padre Rafael. Nos encontramos aquí para dar el recibimiento a un ángel, que, según la profecía, quedó de visitarnos este día. Para los que no conocen la historia, hace diez años el padre Fidencio predijo que nos iba a visitar un ángel en este primero de julio. Bueno, a llegado este día en que se cumplen los diez años del vaticinio. Esperamos la visita gloriosa de un mensajero de Dios, así como lo anunció el sacerdote que me antecedió.

La gente aplaudió con mucho entusiasmo cuando escucharon al cura decir estas palabras. Los invitados especiales se miraron unos a otros y se sonrieron. Era obvio que este evento iba a ser algo especial. El padre continuó con una oración dirigida al pueblo, ofreciendo posteriormente la oportunidad a los invitados a dirigir unas palabras al público. Tomaron sus turnos frente al micrófono, para después sentarse a esperar la supuesta venida del ángel. Mientras los invitados especiales intervenían, Julián y Josefina vendían sus platos de comida a la gente que tenía hambre. Pedro no había pronunciado palabra desde que Julián y Josefina lo habían adoptado. Simplemente permanecía callado, escuchando los sonidos a su alrededor. No sonreía mucho, pero sí le agradaba que Josefina lo mimara continuamente con un abrazo o un beso en la frente.

Habían dado las doce del mediodía y no había señal del ángel. La gente levantaba la mirada al cielo por si acaso pudieran ver algún movimiento en las nubes de algo celestial. Pero nada ocurría. A las tres de la tarde, ya varias personas se habían retirado de la placita, convencidos de que nada iba a suceder. A las cinco de la tarde se puso de pie el señor Ortegón, para pedir disculpas a los invitados. Expresó que para él era obvio que había sido una broma del padre Fidencio. Indicó que quizás, el padre sí estaba loco, por haberles dicho que un ángel los iba a visitar diez años después. El señor Garza García también se puso de pie, disculpándose con los presentes.

—Parece ser que fuimos víctimas de una burla, así como lo explica el señor Ortegón.

El pueblo se contuvo en silencio al escuchar esas palabras. El padre Rafael dirigió su mirada a la madre Elena, quien había estado presente diez años antes. Pero ella sólo juró haber ingenuamente repetido las palabras del padre Fidencio.

Mientras todos se miraban unos a otros, el muchacho cieguito e hijo de Josefina caminó hacia el altar sin que se enteraran sus nuevos padres. Al pasar junto al señor Ortegón, uno de los guardias de seguridad lo contuvo. Quiso el muchacho esquivarlo, pero en eso otro guardia apareció. Los dos hombres lo agarraron sin darle la oportunidad de hacer nada. En el momento que Josefina vio lo que estaba pasando, corrió a defenderlo. Pero era demasiado tarde, el señor Ortegón intervino inapelablemente en contra del chamaco.

—¡Llévense a este muchacho de aquí! ¡No tiene ninguna razón para estar en este lugar!

Los guardias lo arrastraban lejos del altar, mientras que Josefina los siguió hasta que lo soltaron. El joven no decía nada. Ella se acercó a él para pedirle perdón, por no cuidarlo. Pedro se puso de pie y empezó a caminar de nuevo rumbo al altar. Josefina le advertía con gritos.

—¡No te acerques al altar, hijo! ¡No te quieren allí!

El joven la ignoró, al mismo tiempo que Julián la contuvo. Josefina había empezado a llorar cuando lo vio acercarse al altar por segunda vez. El señor Garza García ordenó a los guardias que no lo dejaran acercarse al altar.

Los guardias, sin ninguna misericordia, tomaron a Pedro y lo amarraron con una cuerda. Lo aventaron en la parte trasera del carretón de Julián, mientras se reían de él. El joven no podía soltarse de las cuerdas, por lo que se quedó llorando, acompañado por las gallinas. Otros guardias habían distraído a Julián y a Josefina, por lo que no vieron cuando habían atado y echado al joven al carretón.

Cuando varias personas se rieron con lo ocurrido con Pedro, el padre Rafael no hizo nada por sermonearlos. Parecía que él también estaba aliviado de ver que el joven no estaba cerca del altar. La concurrencia todavía veía hacia arriba al cielo, esperando una señal.

Habían pasado unos quince minutos, cuando las nubes se tornaron oscuras y parecía que iba a llover. El viento se elevó y se empezaron a escuchar los truenos en la distancia. La gente se puso ansiosa y miraba hacia el cielo, pensando que el cambio de clima representaba la señal que esperaban. Pero nada ocurrió. De repente cayó un rayo en la Iglesia. Todos se asustaron, echándose a correr y de pronto se vino una lluvia bastante fuerte. Nadie quedó en la placita para ver qué otra cosa podría suceder. La lluvia más intensa que jamás habían visto en sus vidas, cayó en aquellos momentos antes de oscurecer. Julián y Josefina buscaban al muchacho, pero nadie sabía dónde estaba.

Cuando al fin se pasó la tormenta, la gente regresó a la placita. El altar se encontraba totalmente destruido, en completo desorden. Josefina estaba bastante asustada, llorando por Pedro. Corrió hacia donde habían dejado el carretón, ahí encontró al joven amarrado y plenamente mojado por la lluvia. Josefina se quería morir. Julián corrió, subiendo de un brinco al carretón. Le quitó las cuerdas al joven que parecía estar dormido. Josefina lo abrazó llorando, lanzando un grito que se escuchó por toda la plaza.

Para entonces, los vecinos habían regresado a la placita. El padre Rafael permaneció callado, bastante avergonzado por lo que le habían hecho al jovencito Pedro. Los invitados especiales también se quedaron callados sin decir una palabra, al igual que los señores Ortegón y Garza García. Josefina lloró bastante, sin soltar al joven. Desconsolada gritaba pidiéndole a Dios que le regresara al muchacho.

Julián no sabía qué hacer para calmar a su esposa. La tomó de la mano y le pidió que soltara a su hijo.

—Déjalo que duerma, mi amor. Déjalo que descanse. Ya se encuentra en un lugar mejor al que nosotros le podemos ofrecer. Ya está en paz.

Josefina escuchó las palabras de su esposo y se tranquilizó. Le dio un beso a Pedro en la frente y lo soltó. Con mucho cuidado lo acostó en el carretón. Julián abrazó a su esposa cuando descendió de la carreta. Ambos voltearon sollozando a ver a Pedro. Habían sido padres del joven por poco más de un día y de todas formas les dio mucho dolor perderlo.

Voltearon a ver al sacerdote, intentando decirle algo, pero no pudieron. Las palabras se quedaron en sus labios, debido a que de repente todos los presentes estaban asombrados por lo que estaba pasando. Varias personas indicaban hacia donde estaba el muchacho. Julián y Josefina voltearon a ver,

qué era lo que señalaba la gente. Vieron a Pedro ponerse de pie arriba del carretón. Abrió sus ojos y miró hacia el cielo, mientras que en su espalda empezaron a crecer un par de grandes alas, magníficamente blancas. La piel del muchacho se tornó completamente blanca de pureza y perfección, al mismo tiempo que lucía un rostro hermoso. Sacudió sus alas varias veces como si fuera a volar, mientras que su mirada buscaba a Josefina. Batiendo sus alas, voló hasta donde ella se encontraba. Ahí extendió su mano, tocándole el vientre.

—Josefina, buena mujer, El Señor ha querido que tengas los hijos que mereces.

El jovencito Pedro, de Josefina y Julián, era el ángel. Después de tocar a Josefina quien lo miraba extasiada, el ángel volteó hacia la multitud que se encontraba completamente asombrada, ante la manifestación divina.

El ángel se dirigió al público y en voz perfectamente clara les habló — ¡Tengan misericordia y cuiden bien a su prójimo!

Sin articular ninguna otra palabra, el ángel arrancó el vuelo hacia las nubes. El padre Rafael no alcanzó a decirle nada, tampoco los invitados de honor obtuvieron la oportunidad de acercarse al ángel. Esto no le pareció al señor Garza García, el haber gastado todo su tiempo y el de los invitados, esperando al ángel. Lo mismo dijo el señor Ortegón, quien se quejó, haciendo un berrinche, por el tiempo mal gastado cuando pudo haber disfrutado un bonito día.

Al resto de la gente del pueblo, no le quedó más remedio que recogerse en casa y reflexionar en lo que habían presenciado. El padre Rafael se quedó de buen talante, al igual que la madre Elena.

—Es bueno saber que Dios nos toma en cuenta, aunque seamos un pueblo pequeñito— dijo el sacerdote.

—Sí —respondió la monja—. El Señor siempre nos ha tenido en cuenta, padre.

Los dos sonrieron y se retiraron caminando hacia la Iglesia. Al final de ese día, sólo unos cuantos trabajadores permanecieron en la placita, recogiendo las cosas que el viento había desperdigado.

Durante los diez años siguientes, San Ignacio continuó transformándose. La familia Garza García cayó en desgracia al perder toda su fortuna. Las minas dejaron de producir los metales preciosos, los cuáles les habían dado su riqueza. El señor Garza García insistió en que las minas tenían mucho oro y continuó buscando inútilmente lo que ya no iba a encontrar, terminando con toda su fortuna.

Lo mismo le pasó a la familia Ortegón, cuando las tendencias políticas cambiaron a nivel federal. Ellos y sus socios fueron investigados por

corrupción. No pudieron probar el origen de tanto dinero que habían acumulado en propiedades y en ciertas actividades comerciales. Por lo que al final, solamente pudieron conservar una casita en la ciudad de México.

El padre Rafael y la monja se quedaron en el pueblito. Mientras que algunas personas emigraron, nuevos pobladores llegaron a San Ignacio. La novedad del suceso relacionado con la aparición de un ángel se perdió con el paso del tiempo. Los vecinos regresaron paulatinamente a sus rutinas cotidianas, como había sido antes de la llegada del mensajero de Dios.

Julián y Josefina Ochoa concibieron a cuatro hijos: dos varoncitos y dos mujercitas. Lo más increíble de su historia, fue que un día, mientras le hacían arreglos a su humilde jacalito, encontraron enterrado en su interior un cántaro de barro lleno con monedas de oro. Con ese capital construyeron la casita de sus sueños, en donde dedicaron el resto de sus vidas a cuidar a sus hijos, nietos y bisnietos.

Con el paso del tiempo, los pobladores se olvidaron de aquel ángel que se dejó ver en aquel pequeño poblado. La historia de San Ignacio no es tan extraña como muchos han de creer. Los ángeles existen alrededor de nosotros, en todas partes y en muchas formas. Lo importante es saber cómo reconocerlos, cuando los tenemos cerca. El ángel puede ser el prójimo, el hermano o la hermana, que necesita nuestra ayuda y compasión. Y mas curioso es que quizás nosotros podremos ser el angel que Dios manda para cuidar nuestros hermanos. En tiempos difíciles el angel que apararecera puede ser uno mismo.

Bendiciones.

— *fin* —